Lección V

De las quejas a la apostasía

"Haced todo sin murmuraciones, ni contiendas",
Es parte de los consejos divinos, en este singular pasaje…
"Sean irreprensibles" y nada, con el pecado pretendas
Y seas de los que llevan luz, con el divino mensaje.

Cuando la Nube se levantó, del organizado campamento,
Un grito poderoso de victoria, de Moisés y el pueblo salió;
Era para el pueblo de Israel, un crucial y feliz momento…
Salía ahora hacia Canaán, el pueblo que Dios redimió.

Ahora estaban en camino, hacia la Tierra Prometida,
La promesa de parte de Dios, se estaba cumpliendo;
Ahora en su marcha, la grey estaba comprometida,
A ser fiel y vivir, o morir al no ser fiel al mandamiento.

No podemos olvidar, cómo Dios nos ha conducido,
No podemos olvidar, porque sería una ingratitud;
Es una triste historia, que el apetito los haya vencido,
Y que de incredulidad, se llenara esa gran multitud.

Los "murmuradores de maldad", estaban en actividad total
Se estaban quejando agriamente, de la conducción divina;
Creían, Dios, los había conducido a una trampa mortal,
Y que eso de la Tierra Prometida, era pura pamplina.

Sus dañinas murmuraciones, eran una clara rebeldía…
De gente que había visto el Mar Rojo abrirse, a su ruego;
Por eso el incendio divino, hizo juicio en aquel día…
Y sólo la intercesión de Moisés, detuvo aquel fuego.

Su influencia malsana, pudo haber sido muy contagiosa,
Su acción era del todo desleal y de cierto, destructiva;
El fuego era de Dios, una señal portentosa, poderosa,
De que no aplaude el pecado, y tiene acción correctiva.

¿Tenían razones para quejarse, del maná, de su dieta?
¿Sería que el maná, no era algo nutritivo o sabroso?
¿Por qué a este pueblo le dio, como a niño, una rabieta?
¿No le había dado la mejor comida, el Dios Todopoderoso?

El maná, podía prepararse de maneras diversas,
Podía ser molido, batido, horneado o hervido;
Mas un grupo, tuvo ideas negativas, perversas,
Aunque mantequilla, leche y carne, le fue servido.

No había dudas, que hambre no padecerían,
Pero no fueron cuidadosos, fueron muy apresurados;
Lo pedido, les sería concedido, y no sabían…
Que su petición, fue la razón, del ser aniquilados.

Pidieron carne y carne en abundancia tuvieron,
Pero los resultados fueron muerte y desolación;
Las murmuraciones, en rebeldía los mantuvieron,
Y las consecuencias fueron, de desdicha y destrucción.

Israel, rápidamente se volvió a la idolatría,
Y fue Moisés, el que intercedió por ellos;
Más tarde, Moisés vio ese mismo pueblo en rebeldía,
Pidiendo comer carne, con diabólicos destellos.

Moisés el líder, creyó tenía una gran carga,
Que estaba teniendo, una dura e injusta prueba;
Pensaba que la desconfianza que al pueblo le embarga,
Era algo que su humanidad, tampoco aprueba.

Dios, a pesar de su pobre ánimo, no lo abandonó,
Decide ayudar a este líder, que llamó desde su niñez;
Dios escuchó su queja, y su “problema” solucionó,
Y quiso hacerle más “fácil”, que llegara a la vejez.

Escogió Dios, setenta hombres y los capacitó,
Los llenó del Espíritu Santo, y los hizo sus agentes;
Fueron los que profetizaron y los que encargó,
Que sirvieran, como jueces auxiliares de las gentes.

Moisés en su queja, había exagerado sus servicios y deberes
Había exagerado además, sus cargas y aflicciones;
Perdió de vista, que era instrumento como todos los líderes,
Y que la Gloria era de Dios, por todas sus buenas acciones.

El espíritu de murmuración, los había llenado,
Cayó como una maldición, en el pueblo de Israel;
Creyeron que podían criticar, al que los había salvado,
Y ahora menospreciaban, a Dios, que en todo fue Fiel.

Los líderes, por el populacho fueron presionados,
Pidieron becerro de oro, y finalmente lo obtuvieron;
Moisés pidió perdón, para que no fueran condenados,
Pero murmuraron, contra los que los dirigieron.

¿Y qué decir de María, que dejó la envidia, en ella naciera?
¿Qué decir de María, que por celos, no amaba a su cuñada?
¿Por qué "mujer cusita", en vez de madianita la viera?
¿Por qué tal menosprecio, era como familiar puñalada?

Séfora notó en su esposo, cansancio por la tarea dura,
Y sugirió prudentemente, le dieran pronta ayuda;
Su padre Jetro, llevó el mensaje con espiritual premura,
Dios vio eso bueno, pero en María brotó, el celo y la duda.

María buscó apoyo en Aarón, su hermano,
Vieron que se les quitaría, el prestigio ganado;
Ella estaba celosa de Séfora, y la criticó temprano,
Reveló la deficiencia de un líder, que no está consagrado.

Séfora era hija de Jetro, sacerdote del Dios Altísimo,
De la parentela de Abrahán, estirpe de altura;
Pero por envidia, María le hizo un ataque fortísimo,
Y criticó sin piedad a Séfora, por su piel oscura.

La llamó "mujer cusita" en forma hiriente,
Ya que estaba por los celos, muy turbada;
Y como encontró, oídos dispuestos de frente,
Tomó forma la maldad y fue, pronto atacada.

Dos personas fieles, tuvieron conducta reprochable,
Dos personas con liderazgo, fueron atacados;
Porque al que envidia, siempre le es probable…
Que ataque con celos, aunque sean sus allegados.

No la llamó por su real nombre, aunque lo sabía,
Pudo haberla llamado madianita, que era propio también;
Se refirió a ella, con "mujer cusita" con cierta rebeldía,
Sabiendo que la heriría, y así se sentiría muy "bien".

Buscó a Aarón, porque sabía la escucharía,
Sabía que tenía, sus mismos celos e intereses;
Buscó a alguien, que sabía en su pecado, la apoyaría,
Descargó sus ideas, con el que se las devolvería, con creces.

En once días, el pueblo llegó a Canaán, por vez primera,
Llegaron a Cades Barnea, el fin del duro peregrinaje;
Cerca ya de Canaán, vieron su final frontera…
Y llenos de gozo y felicidad, buscaron un humano mensaje.

Estaban frente a frente con la Tierra Prometida,
Estaba por cumplirse, el sueño, tan acariciado;
Deseaban llegar, para que la tierra fuera repartida,
Y en la tierra que fluye leche y miel, Dios fuera a su lado.

Mandaron antes de entrar, espías, el lugar a reconocer,
Acción extraña, con la que Dios, estaba de acuerdo;
Sabía estaban llenos de temor, y deseaban primero ver…
Si lo que hacían era un acto seguro, un acto cuerdo.

Diez espías, dieron un mensaje, lleno de incredulidad,
Aunque las bondades de la tierra, habían ellos cargado;
No había dudas, que la tierra daba gran productividad,
Y que era mucho mejor, de lo que habían imaginado.

Gustar de aquellos racimos de uvas, era algo maravilloso,
Pero sus ojos estaban llenos, de lobreguez y fatalidad;
Se olvidaron que Dios, es un ser Todopoderoso,
Que los sacó de Egipto y con mano fuerte, les dio libertad.

Dios sabía, que en Canaán, vivían pueblos paganos,
Dios sabía, que esas tierras, en manos infieles estaban;
Pero como Dueño, porque las hizo con sus “manos”,
Las había entregado a su pueblo, que no las apreciaban.

Caleb y Josué dieron en cambio, un positivo mensaje,
Hablaron con fe, sin miedo al presunto “gigante”;
No se olvidaron del poder de Dios, su poderoso anclaje,
Y pidieron, poseyeran la tierra, que tenían por delante.

Para el hombre de fe, no hay obstáculo posible,
El hombre de fe, depende del poder de lo alto;
Para el hombre que confía, no hay nada imposible,
Ya que deposita en Dios, todo temor o sobresalto.

El pueblo en rebeldía, a Egipto deseó volver,
Quiso elegir un capitán, que los llevara de regreso;
Prefirieron a sus hijos, sirviendo al faraón, ver,
Y comer la comida de Egipto, sin tener espiritual progreso.

¡Qué ingratitud! , ¡Qué acto tan terrible!
¡Querer abandonar, no a Moisés, sino a Dios!
¡Era inexcusable que desearan mejor, al faraón temible!
¡Era un pueblo ingrato, que no quería, oír de Dios su voz!

Pidió el pueblo con clamor, que fueran apedreados,
El populacho quería, a los siervos de Dios matar;
Avanzaron con piedras, con rostros desencajados,
Pero intervino Dios, para impedir, los pudieran maltratar.

Su propósito homicida, fue por Dios eliminado,
La Gloria de su Presencia, puso al acto freno;
Ninguno pudo mantener su brazo alzado,
Y cayeron las piedras de las manos, que destilaban veneno.

Su actitud rebelde, en desastre total terminó,
Dios tuvo misericordia de ellos, les perdonó la vida;
Pero tendrían que pagar, porque su Plan se retrasó,
Y en el desierto morirían, sin ver la Tierra Prometida.

Solamente Caleb y Josué, entrarían del grupo inicial,
Solamente los espías fieles, habrían de entrar a Canaán,
Solamente hoy, los que confían en el Dios Espiritual,
A la Canaán Celestial, por la fe en Cristo, entrarán.

Si hubieran confiado, el desastre podía haberse evitado,
Si hubieran sido fieles, los inocentes no hubieran sufrido;
Su terquedad hizo, que fuera al pecar, más obstinado,
Y que cuarenta años de vagar, fuera algo bien merecido.

El pueblo que vio abrirse el Mar Rojo, se sentía perdido,
Ahora veía muchos gigantes, que le impedían el paso;
Aquel pueblo que vio el ejército del faraón destruido,
Temía a hombres, que podían vencer, de un zarpazo.

Cuando los hombres entregan su corazón a la incredulidad,
Se colocan bajo el dominio, del mismo enemigo, Satanás;
Y en caminos anchos los llevará, a la mundanalidad,
En esclavitud quedarán, sin tener reposo espiritual jamás.

Debieron entrar en Canaán, con alabanza y gratitud,
Reconociendo que Dios, estaría con ellos, sin duda;
Porque las circunstancias, son muros de esclavitud,
Que Dios derriba con su poder, y con misericordia, muda.

Que no te detengan las diarias dificultades,
Que nadie levante ante ti, altas murallas;
Que la gratitud y la alabanza, te colmen de bondades,
Y que glorifiques a tu Señor, donde quiera que vayas.

La crítica y la murmuración, son cosas contagiosas,
Y llena la mente de dudas, y contamina el corazón;
Cuidado con lo que sale de tu boca, si son palabras ociosas,
no lleves a otros esa epidemia, que es la rebelión sin razón.

Evitemos en nuestro peregrinaje, el desaliento,
Evitemos que aun sutilmente, a los líderes critiquemos;
No mantengamos en la mente, un mal pensamiento,
Y en vez de destruir, el reino de Dios edifiquemos.

La Nación Judía cruzó la línea, pero negativamente,
Debió cruzar la frontera, y poseer la Tierra Prometida;
A la Canaán Celestial irán, los que sean leales finalmente,
Los que por fe esperan predicando, la Segunda Venida.

Hiram Rivera Méndez
24 de octubre de 2009
Toa Alta, Puerto Rico